

El hijo perdido



No tenía Luis García más patrimonio que sus desgracias, descompuestas así:

1.—*Deudas insolventes* y, por ende, acreedores peligrosos. Turcos de los que dejan maños y caros ternos a semanal; italianos "vencedores del Piave y hermanos de Garibaldi"; unos italianos indecentes que ni sabían aderezar tallarines...

2.—*Agenceros*, hijos del "Espantero", que le habían prestado dos pesos por su último prendedor, evaluado en cincuenta.

3.—*Cuentas por cobrar*, demasiado remotas.

4.—*Chismes de fedación*, algunas bizarrías que acabaron por quitarle el trabajo, pero no así las ganas de comer.

5.º y último componente: *hambre crónica*.

No era Luis García un *frescal* avezado; así habría podido vivir como tantos que lo hacen en el nombre de la bohemia o de la pereza, disfrazada de excusa siempre capciosa.

Frecuentaba cafés por la noche, y por el día... calles, medio óvidado de su existencia. Empezaba a perder su conciencia moral y *decente*; no le preocupaba su traje que tiraba a verde botella, que carecía de botones, que tenía un lustre bruñido y amplia y arbitraria flecadura.

Un día, el setenta de ayuno, sus rodillas y codos declaráronse en huelga, como cualquier reinductor tranquilo y mostraron sus angulosidades a través de la trama de la gastada y verde tela del traje. Por casualidad, ese día pasó Luis por el Pasaje Matte y vió su figura de Alonso Quijano reflejada en el "terzo cristal", donde otrora se viera la Venus palpitante y picarona...

Ante tal revelación, Luis García hizo su composición de lugar. No se quería convencer de que ese escudillo y amarillo sér fuera él, Luis García. No, no era posible...

El, tan rosadito, de tan gordifonas mejillas, ahora esquelético, de pupilas crecidas y fiebrosas, de barba rala y lacia. El, García, estaba tan indecente...

Convencido de su triste suerte, escapó del portal, a su paso le muequearon todos los espejos, y él se fué viendo multiplicada su figura de quebranta-huesos. Encerróse en su cuarto sin libros, sin cuadros, sin nada, algo entelarañado, (las telarañas no eran empañables), dispuesto a no moverse de él en esa terrible figura.

Nada se le ocurría; buscó en su mente una solución. No la encontró.

Ya nadie lo saludaba, y él no estaba dispuesto a pedir favores. Se miró los pies y rió del cómico aspecto de sus zapatos, que parecían una caricatura de Simón. Los zapatos viejos son inmortales. Nadie ha contado nada de los zapatos nuevos. Los zapatos de "Famburi, los de Sancho Panza, los de Frasquita, los de él..."

Luis García tenía buen humor; sonrió.

Aquella tarde no iría al café.

Tenía tan terrible aspecto de espadachín que todos le huían.

Resolvió dormirse, y ya bocetaba risueñas imágenes...



nes, cuando leves golpes en la puerta lo llamaron a la realidad.

Abrió, y se encontró con don Ricardo, el casero, que, después de un diluvio de imprecaciones, lo puso en la calle.

De este sencillo modo, Luis García se encontró sin hogar.

* *

Por una rara coincidencia, a esta misma hora, Laura Julio, una agraciada muchacha de terrible genio, a consecuencia de haber golpeado a su jefe con una plancha caliente, era despedida de mala manera.

—Es usted una sinvergüenza,—decíale el sastre, calvo y gesticulador,—agradezca que no la mande a la cárcel!

—¿No me van a pagar?

—Que te vamos a pagar si'tay debiendo—gritó una voz de cornetín, desde el interior.

—No me muevo si no me pagan, y formaré un escándalo.

—Te vas a callar, o si no...—rugió una amenaza del sastre.

—¡Pégame, viejo tramposo, tramposo, tramposo!

El sastre no se pudo contener y le dió un golpe...

Gritó la nena, y gritó el sastre, y los dos se levantaron del suelo.

¿Qué había sucedido?

Sencillamente, que Luis García había llegado a tiempo de imponerse del lance; como Quijote que era, puso su lanza al servicio de la dama.

—Usted debe pagarle—gritó Luis—o si no, se verá conmigo...

Mucha resolución afirmaban esas palabras. El sastre temió y... pagó.

* *

A una amistad sincera entre los dos muchachos dió lugar ese episodio. Luis no tenía hogar, Laura lo tenía, los dos eran jóvenes... ¿Por qué no?... Claro... la vida... los azares... El podría trabajar... A ella no la ocupaba nadie a causa de su *geniecito*...

El amor hizo una nueva hazaña. Era natural.

* *

En posesión de un hogar, Luis se sacudió y empezó a trabajar en cualquiera cosa. Poco ganaba, pero la economía es un arte del que nadie, ni los avaros, han sabido sacar partido.

Vivían felices.

La única preocupación de Luis era tener un hijo.

Y una noche poblada de sombras y de rachas invernales, aquel hijo llegó. Robusto, de potente llanto...

¿Qué expresión la de la madre!

¿Qué alegría la de Luis!

Momento indescriptible, de grandeza inmensa, es aquel en que nace un hijo. "Carne de carne, sangre de la sangre". Un hijo diminuto, tan delicado como una ilusión, tan tierno como un suspiro de amor.

¿Qué felices, qué felices fueron en aquel momento!

¿Para qué querían hijos, ellos, tan pobres, tan fatales?...

¿Para qué?

Para que sufriera tal vez, para que fuera un paria más...

Ellos no lo meditaban. Tenían tanto amor y juventud y el hijo era la florescencia que Dios les enviaba seguramente...



peó brutalmente. Iba a volverse loco. Gritaba terribles imprecaciones y lloraba a gritos.

Y toda la indiferencia de Santiago se rió de él.

* *

—Con poco tiene, vecina; con cuatro pesos...

¿A qué horas llegaría Luis?

Pero Luis no trajo nada...

Lloró Laura, besando al niño, que era un trozo de carne candente que gemía, que imploraba, que moría...

No vaciló más Luis. Apuntó en un papel los remedios y dijo a su esposa:

—Vamos a la botica.

* *

Pidió todos los remedios; se los dió a Laura diciéndole:

—¡Corre, luego, ya!

Entendió ella y partió a escape...

—Son cinco pesos—dijo el boticario.

—No tengo con qué pagarle este servicio que vale más que mi vida. Mi hijito lindo, una criatura bella e inteligente, moriría sin estos remedios. No podía comprarlos; se los pedí. Concédame un plazo o mándeme preso; haga lo que quiera. Yo quiero salvar a mi hijito lindo!—terminó llorando.

* *

Y el niño se salvó, y hoy día es gran amigo del boticario que fué capaz de justificar... la vida del pobre padre incipiente, que no sabía amar a su hijito lindo, al que ningún egoísta quiso salvar.

ACEVEDO HERNANDEZ.



Y el roño creció bello, frescote.

Los padres lo exhibían orgullosos, indignándose con "justa razón" cuando el niño no era víctima de alabanzas.

—Las envidiosas...—decía Laura.

—¿Verdad que es lindo?—preguntaba a todos Luis.

Un día el hijito lindo no sonrió; sus mejillas ardían espantosamente; sus pupilas brillaban, y su corazoncito estaba febril...

—El niño está enfermo...—musitó angustiada Laura.

—¡Hay que hacerle remedios; que no se muera, que no se muera!

Pero aquellos seres pródigos, que vivían atropelladamente la vida entre sonrisas y besos, no tenían un centavo con que socorrer al hijito, al sér que, como un vaso raro, contenía sus dos almas.

Era un día de fiesta cualquiera; las agencias estaban cerradas, no funcionaban los dispensarios. ¿Qué hacer?

Luis se lanzó a la calle.

Encontró al primer amigo; humildemente lo interpelló:

—Oye, Gregorio, tengo al niño enfermo; es un niño tan lindo, tan inteligente, que si se muere, me moriré...—terminó vulgarmente.

—No será tanto... Juanito estuvo enfermo y lo alivié con unas lavitas de...

—Pero no tengo dinero... no...

—Escasa está la plata; yo tampoco tengo...

Y escapó rápidamente.

Sintió deseos de llorar. Su pena era tan aguda que lo hizo perder la conciencia...

El remedio era tan fácil, costaba tan poco... y nadie, nadie quiso prestarle nada...

—Parece que nunca han tenido hijos...—decía-se Luis.

Pidió aún más.

A uno que tenía dinero y que no le prestó, lo gol-